

NOTAS SOBRE LA POESÍA EN MARTÍ

por Eugenio Florit

Porque se trata sólo de contar una "impresión" personal de la poesía de Martí; porque no ha de haber en aquélla estudio minucioso ni crítica literaria; porque, en fin, el objeto de estas conferencias es dar a conocer la resonancia que en nosotros, los poetas cubanos de este siglo, tienen los poetas cubanos del XIX: por todas estas razones me he decidido a escribir unas cuartillas, cumpliendo así el compromiso que adquirí hace algunos meses con nuestro querido Presidente del Ateneo José María Chacón y Calvo. Y no se crea que no me haya costado esfuerzo comenzar el trabajo, tanto por el temor de caer en el elogio apasionado y débil, que ha sido con honrosas y escasas excepciones, el único elogio que ha recibido entre nosotros la obra del Maestro, como por la certidumbre de que no podré llenar mi cometido del modo preciso y claro que un ensayo de esta naturaleza requeriría. Se puede hablar y escribir mucho sobre Martí, poniendo en la palabra y en la pluma un fervor epidémico, un amor de dientes a fuera, un entusiasmo que en muchas ocasiones no ha servido más que para disimular el desconocimiento de su obra y la distancia a que se ha estado de su espíritu. Y sin embargo, a la obra de Martí hay que ir con fervor, con amoroso ímpetu, con ardiente entusiasmo. No queda, pues, otro remedio que dejarse llevar por ellos, poniendo además, como en mi caso particular, una sinceridad de muy hondas raíces y una honradez con la que me atrevo a desafiar al más honrado.

Siempre que me he preguntado sobre el valor de la poesía de Martí, la respuesta ha sido terminante. Podrá admirarse mucho de ella y disentir mucho de ella también; podrá entusias-

marnos en sus momentos serios y desilusionarnos un poquito en sus instantes ligeros. Pero siempre, a través de toda ella, desde "Ismaelillo" hasta los "Versos Sencillos", desde los "Versos Libres" hasta cualquier dedicatoria de retrato escrita a vuela pluma por el poeta, nos sorprenderá su acento personalísimo, su originalidad en la expresión, los hallazgos de imágenes y metáforas que hacen de él —que hago yo de él— el primero de nuestros poetas, de igual modo que es el primero de nuestros prosistas. Curioso es observar que si la prosa martiana está llena de poesía, su poesía nunca es prosaica. El verso lo utilizó siempre para decir lo que no podía expresar en prosa. Y sin rebuscamientos, sin falsas oscuridades logró modos de realización poética que todos los que han venido después de él —y no me ciño ahora al límite de nuestra isla— le deben y le han de agradecer.

Tantas veces escuché en los primeros años de mi vida literaria, y aún de labios de personas cultas, que lo que contaba en Martí, era todo lo demás: su vida, su obra, su oratoria, su prosa, su ideología política, su pensamiento revolucionario, todo, menos su poesía, que me asombraba un poco mi entusiasmo por ella y dudaba un mucho del valor que mi juvenil apreciación tuviera. Andábame un tanto deslumbrado por los para mí espléndidos jardines de su lírica y no acertaba a comprender cómo los que yo pensaba que sabían más que yo le restaran valor a mi devoción juvenil. Pensé muchas veces si no estaría yo equivocado, si realmente la obra poética de Martí no tendría la altura que yo le veía. Montes pensé ver yo, y tal vez fueran tan sólo lomas. Mis palmas de entonces acaso fueran como el "marabú" de nuestros campos, que todo lo cubre y sobre toda otra planta se extiende, ahogándola.

Pero no. A medida que mis conocimientos y mis lecturas me lo dejaban ver, me aseguraba en mi impresión primera. Sabía ya, después, de quien le llamó Maestro; de quien le ponía en firme y altísimo lugar dentro de la lírica de su tiempo. Y así fueron disipándose las dudas, y las sombras clareándose. Han pasado muchos años. Y hoy miro entusiasmado establecerse el poeta, de un modo cada vez más seguro, en el lugar en que mi joven intuición lo había colocado. Si antes, al escuchar a los niños el "hay sol bueno, y mar de espuma, y arena fina" se me

alegraba el corazón porque sí, que es suprema razón de la niñez, ahora el espíritu se regocija con esos versos en los que la bondad del sol no es sólo un adjetivo y la finura no es sólo una cualidad física de la arena y el mar de espumas es un mar distinto de los otros, porque es el mar vivo del poeta. Recordando ese espléndido poema "Los zapatos de Rosa", releyéndolo muchas veces, puede uno aquilatar el profundo contenido lírico que encierran versos al parecer triviales como "el aya de la francesa —se quitó los espejuelos" y aquellos enormes a lo alto y lo hondo de: "y pasó el tiempo y pasó— un águila por el mar". Es extraordinario el poder de síntesis que utiliza Martí, el frondoso orador y el arrebatado poeta de los "Versos Libres", cuando en un sencillo octosílabo encierra toda una evocación sentimental o la caída del crepúsculo sobre la playa. En estos poemas de "La Edad de Oro" o en sus "Versos Sencillos" pensamos, cuando pensamos en el Martí del modernismo inicial; como volvemos a los "Versos Libres" o a la oda "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre" para reconocerle el ímpetu romántico.

Y es que en él, alta arista que une dos lomas de diferente ladera, viene el romanticismo a dar últimos gemidos y apóstrofes postreros, para verse después en el lujo moldeado y exacto del puro verso con que lo moderno se entra por la lírica de los últimos años del siglo XIX. Se me ocurre decir aquí, pues, que en Martí termina lo romántico de escuela poética y comienza lo otro, lo que llegó en Rubén Darío a su más alta cumbre. La evidente dualidad que se observa en la vida de nuestro revolucionario: el aliento romántico y el sentido práctico de la realidad circundante, tienen un equivalente en las dos fases de su poesía. No fué él, desde luego, precisamente un modernista —en lo que para nosotros significa el término como denominación de un movimiento literario— porque estaba haciendo revolución, estaba soñando con libertar a un pueblo y para eso había que ser romántico. O, mejor: porque lo era —hijo de su siglo y de su dolor de hombre hambriento de patria libre—, hizo revolución y soñó con libertades. Hace poco tiempo Pedro Henríquez Ureña, en admirable conferencia, se refería a esto. Y nos hacía notar que América no pudo dar más que poesía romántica

mientras no terminó el ciclo revolucionario, al lograrse la independencia de sus pueblos. A la única guerra justa, la que se empeña en destruir una tiranía, no se la alienta con estrofas de terciopelo, sino con férreos gritos. Cuando se hace la calma —aunque sea esa calma un poco turbia de nuestras inquietas repúblicas—, el poeta puede llegar a lo que piensa, después de lo que exalta; a lo que busca una forma ordenada, después de lo que se vierte en una desordenada forma. Porque Martí no llegó nunca a ese momento de lujo, le vemos a las puertas de la nueva escuela, señalando el camino que otros, más afortunados que él, habían de seguir. No quiso jamás en sus tiempos, que eran de lucha, de agonía, refugiarse en torre de marfil. Era muy honda su responsabilidad de hombre de acción para inhibirse de sus deberes públicos. Todo lo más, se hundía en el campo, no de grado, sino por fuerza —“me echaron —dice— al campo”, como para disculparse el honrado de su temporal apartamiento. Y entonces, cuando rozaba su boca una abeja, sentía crecer en su cuerpo un mundo, y le brotaban de la angustiada pluma esas joyas de la poesía que son sus “Versos Sencillos”, en los que tan a menudo se echa de ver la preocupación mayor de su vida, que no trata de ocultar aún en el tono menor de su verso de entonces.

Pero no nos precipitemos. Antes de continuar, quiero dejar expreso aquí mi deseo de no entrar en el análisis cuidadoso de lo que romanticismo y modernismo fueron como modo de expresión poética. Apenas he aludido a ello y eso me basta. quede sentado también —y por eso lo reitero—, que para mí, Martí representa el ocaso bellissimo del primero y la aurora, de luz incierta aún, pero ya hermosa, con que el segundo amanecía. Hay poetas de tan poderosa significación en la historia literaria, que sus momentos valen por capítulos enteros de ella. Para no remontarnos muy lejos en el tiempo y sobre todo, para no hacer historia, bástale a mi propósito decir que, del propio modo que con Juan Ramón Jiménez sale la poesía de habla española del modernismo rubeniano para entrar en lo que le ha seguido y que forma el grupo de las escuelas contemporáneas —si la palabra “escuela” vale algo al hablar de poesía—, así el romanticismo americano se ensancha y cobra alturas muchas veces dignas en nuestro Heredia, se desborda en todo el ciclo de

“El Laud del Desterrado” y llega a Martí, que lo recoge y lo dignifica en la maravillosa floración de sus “Versos Libres”. Y en el propio Martí, poeta de transición, aparecen los primeros acentos modernistas, ya bien determinados, ya con todas las características que habrían más tarde de llegar a su cumbre en Rubén Darío. Porque es esto, amigos míos, lo interesante en él. El —permítidme que lo exprese con queridas palabras mías— “doble acento”.

Nótese, también, que la poesía de Martí, es de tal naturaleza que no podemos encerrarla en los estrechos moldes de una clasificación determinada. Su romanticismo o su modernidad saltan por encima de tales barreras y llegan hasta nosotros siempre frescos, originales siempre. Nadie hasta él, ni después de él, ha sabido decir las cosas que él dijo. Ni del modo clásico, romántico o moderno como él las dijo. Porque se sabía hasta olvidarlas su copla española y su elegía inglesa, porque, sin pedir las prestadas a nadie, eran por la cultura connaturales en él las más diversas formas poéticas, podía hacer con el verso lo que su necesidad creadora le dictara. “Recortar versos también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje”, dice en el prólogo de sus “Versos Libres”. Lo que no le impide exclamar años más tarde, al publicar sus “Versos Sencillos” . . . “porque amo la sencillez y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras”. De suerte que su gran amor a la libertad se lo llevaba también a la poesía. Y, sin casarse con ningún modo de expresión, vierte en ella su sentimiento y sabe dar la vasija que más conviene a cada lluvia que le baja de su cielo.

Hay primero versos de escuela —o de no escuela—, notas aisladas, aún la vibrante de indignación que es su oda “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”, escrita en Madrid, en 1872. Pero, una vez en México, escribe tres años después el poema “Magdalena”, en el que nos encontramos con versos como éstos, que parecen de Rubén:

*Aquel cuello gentil se doblegaba,
Aquella alta cabeza no se erguía;*

*Y en los valles el lirio sollozaba,
Y el nelumbo en los lagos se moría”*,

o este maravilloso serventesio de “María”:

*“Esa que ves, la del Amor dormido
En la mirada espléndida y suave,
Es un jazmín de Arabia comprimido
En voz de cielo y en contorno de ave”*.

Hay que ir hasta 1894, para encontrar en el poeta acento semejante, como cuando escribe para Cecilia Gutiérrez Nájera:

*“En la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve,
Que el padre le tejió de milagrosa
Música azul y clavellín de nieve”*.

Esa música azul del poema es, se me antoja a mí, digna hermana de aquella “voz de cielo y contorno de ave”. En una y otra estrofa están ya de un modo claro, definido, terminante, el trabajo de orífice y el lujo de la palabra exquisita y alada que caracterizan las mejores realizaciones del modernismo.

Pero desandemos un poco el camino, para encontrarnos con “Ismaelillo”, que se publica en abril de 1882. De este libro —de esta fecha— se hace partir el modernismo americano. Pero, ¿no corre a lo largo de todo él, como una vena de tinte crepuscular, el tono romántico? Ese tono que veremos después, impetuoso y brusco, lleno de sacudidas dolorosas y exclamaciones tremendas en los “Versos Libres”, aquí presenta el reverso de la medalla. Aquí se asienta —a pesar de las alusiones que el poeta hace a su destino batallador— en una luz de tenue brillo, muy a lo Bécquer, a quien siempre recuerdo cuando leo momentos como éstos, el primer libro de Martí:

*“Sobre la piel, curtida
De humanos aires,
Mariposas inquietas
Sus alas baten”*.

(*Brazos Fragantes*)

*“De águilas diminutas
Puéblase el aire:
¡Son las ideas, que ascienden,
Rotas sus Cárceles!”*

(Musa Traviesa)

y en todo el poema titulado “Penachos Vívidos”:

*“Como taza en que hierve
De transparente vino
En doradas burbujas
El generoso espíritu;
Como inquieto mar joven
Del cauce nuevo henchido
Rebosa, y por las playas
Bulle, y muere tranquilo;
Como manada alegre
De bellos potros vivos
Que en la mañana clara
Muestran su regocijo,
Ora en carreras locas,
O en sonoros relinchos,
O sacudiendo al aire
Su crinaje magnífico;
Así mis pensamientos
Rebosan en mi vívidos,
Y en crespas espumas de oro
Besan tus pies, sumisos,
O en fulgidos penachos
De varios tintes ricos,
Se mecen y se inclinan
Cuando tú pasas —¡hijo!”*

y más aún, en los exasílabos de su “Tórtola Blanca”:

*“El aire está espeso,
La alfombra manchada,
Las luces ardientes,
Reuelta la sala;*

*Y acá entre divanes
Y allá entre otomanas,
Tropiézase en restos
De tules o de alas",*

bellísimo poema todo él, que termina con estos cuatro versos de ternura inefable:

*"Que el balcón azotan
Dos alitas blancas
Que llenas de miedo
Temblando me llaman".*

"Ismaelillo" rebosa de instantes alucinados, irreales, como los vamos a encontrar luego en toda la poesía martiana. El hombre que vió dos veces el alma, que le amansaba el cráneo a su amigo muerto, tenía el sexto sentido tan alerta siempre, que constantemente nos hace ver su comercio con lo desconocido, aunque ahora sea lo tiernamente fantástico, que le hace decir en "Sueño Despierto":

*"¡Un niño que me llama
Flotando siempre veo!"*

y en "Sobre mi hombro":

*"Es que un beso invisible
Me da el hermoso
Niño que va sentado
Sobre mi hombro".*

¿Qué San Cristóbal del verso pudo decir jamás la ternura de esa emoción de llevar sentado un niño como el Jesús pequeño sobre su hombro? ¿Y qué herido del mundo podría tener, como él lo tiene, el consuelo que le hace pensar, en "Tábanos fieros":

*"Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre"?*

Es que a nosotros, heridos todos por el inmenso dolor que agobia al mundo, en estos tiempos de barbarie suelta, cuando parece que todo el aire está lleno de llanto y el crujir de dientes de que hablaba Cristo; cuando se quisiera detener con un anatema la avalancha que desde el centro de Europa se desborda y que como un pulpo de pesadilla va extendiendo sus tentáculos sobre pueblos heroicos y pueblos acobardados; es que a nosotros, repito, nos cae como una bendición del cielo de la poesía poder leer versos como estos de Martí, y se nos restañan un poco las heridas al pensar que en medio de su tormenta viva, nuestro poeta sabía buscar una hora serena para decir el verso de oro. Verso de oro que en este "Ismaelillo" tierno va entrándonos por la piel "curtida de humanos aires" y que el poeta sabe expresar sencillamente si, como él dice "de mis sueños desciendo y en papel amarillo —cuento el viaje". Así es, así debe ser toda poesía: el cuento de un viaje que se hace a regiones altísimas, de las que se regresa con un poco menos de fango en las alas y un poco menos de niebla en el espíritu.

Y ahora, el salto. Hemos venido bogando por el arroyuelo claro, como quien, a la mañana, busca en el paseo el frescor de las aguas y la sombra verde que cae de las orillas frondosas. Y de repente, la catarata. Y por ella bajamos aturridos primero por el fragor y asombrados por la rugiente belleza después. Son los "Versos Libres", que le salen al poeta del hondón mismo de su alma atormentada. El lo dice. Recordémoslo: "Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida". Y, más adelante: "He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado".

Aquí vuelvo a ver yo —y a decirlo— la última gran lumbrada del mejor romanticismo de habla castellana: Aquí están, todavía, la actitud arrogante, el yo que domina, la frase en primera persona, firme y entre signos de exclamación. La diferencia con los románticos anteriores está en el genio. Lo que en alguno parecía sonoro, y era hueco; sonaba a recio y muy a menudo era flojo y como de papeles de colores, en este Martí de los "Versos Libres" nos convence por el absoluto dominio del

lenguaje y por la firme sinceridad con que traduce sus visiones. Nunca —y menos aquí— es nuestro poeta el artista artificioso, sino el verdadero vate. El sueño visto está ahí: primero, en la mente iluminada por el divino toque de gracia; después, en el poema que se transcribe del modo más digno, por la maestría y la cultura. Sabe Martí ver su visión y también sabe escribirla para que la veamos nosotros.

No pretendo que recordemos juntos, amigos para quienes desde lejos escribo estas cuartillas, todo el enorme caudal poético que contienen los "Versos Libres" de Martí. Sería irlos leyendo uno a uno. Esta "selva de bramidos", que dijera Sarmiento, y también de caricias exquisitas, agrego yo, no puede comentarse en detalle. Nos faltaría el aliento y el vértigo de la altura se apoderaría de nosotros. Quiero tan sólo detener mi vacilante paso en el olor que a poesía del más alto rango tienen algunos de sus versos. Sabemos todos que el poema digno lleva una calidad ejemplar y un valor serio. Algunos hay que llegan a nosotros nítidos, casi perfectos, rebosantes de belleza, como una copa de oro de la que se vierte hacia fuera el vino más precioso. Y hay versos en tales poemas en los que, además, está el sello del misterio. El algo inexpresable que es la poesía. De esos momentos que caen como flores del cielo sobre los poemas de Martí he compuesto una antología ideal, esbozo de otra más cuidadosa que para más adelante acaricio. Por ese estigma con que el espíritu denota su presencia se reconoce el verdadero poeta. La lengua de fuego no siempre está en presencia. Pero cuando ha bajado, cuando se detiene por milagro e ilumina, por milagro también, el sueño, entonces ya podemos olvidar, y perdonar y disculpar los versos flojos y como hechos en otra fábrica. A veces, toda la obra de un poeta la daría yo por un solo verso; que salta de ella como un torrente de luz deslumbradora. ¿Dónde se me queda la magnífica obra de Rubén Darío, con sus aciertos y sus momentos extraordinarios, ante uno de sus grandes versos únicos, como el inefable "viste caer las gotas de mi melancolía", y como los de aquel su gran poema en que llama a los poetas "torres de Dios" y "pararrayos celestes" y "rompeolas de las eternidades"?

Pues los "Versos Libres" de nuestro Martí, están sembrados de esos instantes de gracia poética, de esa presencia del Espíritu. Veámoslos juntos:

"..... y no vuelan
Del arbolar espeso entre las ramas
Los pálidos espíritus amados!"

(Hierro)

"De pie sobre las hojas amarillas,
En la mano fatal la flor del sueño,
La negra toca en alas rematadas,
Avido el rostro, trémulo la miro,
Cada tarde aguardándome a mi puerta".

(Canto de Otoño)

"Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
Envuelto en gigantesca vestidura
De lumbre astral, en mi jardín, el cielo,
Un ramo haré magnífico de estrellas.
No temblará de asir la luz mi mano!"

(Flores del Cielo)

"¡El cielo, el cielo, con sus ojos de oro
Me mira y ve mi cobardía, y lanza
Mi cuerpo fugitivo por la sombra . . ."

(Media noche)

"Y la tierra en silencio, y una hermosa
Voz de mi corazón, me contestaron".

(Homagno)

"... Se enciende, como a fiesta, el aire claro
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra"

(Yugo y estrella)

y así en todos ellos, en "Astro puro", en "A los espacios", donde nos cuenta, porque lo ha visto, cómo quiebra su cáliz el alma; y en "Poeta",

*"... en tierra y mar lucía
Una tranquila claridad de boda",*

y en "Luz de luna", y en "Flor de hielo" y por último en aquel maravilloso poema de la "Copa con alas", que yo me leo mil veces y las mil me suena nuevo por lo original y lo exquisito y lo apasionado. Todo él está tocado de gracia poética. Parece que con él al espacio azul nos remontamos. Dice el poeta que sólo el amor sabe el "modo de reducir el Universo a un beso". Y yo digo ahora y me digo siempre, que sólo Martí supo ese modo de reducir el Universo a un verso. Verso de fuego y de cristal, de "ala y raíz", de amor y de éxtasis, como debe ser el éxtasis y el amor de los grandes místicos. ¡Qué poema! ¡Qué único y sólo poema de divina y humana hermosura!

Ahora el torrente se ciñe a sus orillas y el agua amánsase de nuevo. Lo que venía en alto y ancho se vuelve a otra dimensión: y ya es lo hondo. Por la profundidad de serena superficie, agitada tan sólo aquí y allá por el latigazo que los recuerdos de la patria esclava levantan en el aire, vamos con los "Versos Sencillos". Extraña sencillez la de estos poemas de Martí, donde todo nos parece tan pensado, donde no falta ni sobra nada. Qué bien le ha sido posible naturalmente, sin que se eche de ver el esfuerzo, encerrar su lírica en estos octosílabos densos. Es que, además, él no lo ha buscado. No se ha dicho —como se lo están diciendo muchos hacedores de versos— "Ahora voy a escribir así", o "ahora voy a decir esto o lo otro", como si la poesía fuese cosa de voluntad y de esfuerzo. ¿Que se convoca un certamen para premiar un poema sobre tema dado? Pues a él van. Y a construir versos y versos de ocasión y a la medida de unas bases absurdas. ¿Que se cansan de tal forma de su poesía y se les ocurre pensar otra nueva? Pues a trabajar en ella, para luego asombrar a los burgueses con su hallazgo. Y qué poco saben los tales de la humildad que se necesita para llegar a convencerse de que todo eso es falso, y que lo único

que los poetas hemos de hacer es esperar... esperar a que la Voz nos llegue, y sintamos la sacudida de su aire divino. Y entonces sí hemos de trabajar, de juntar voluntad y esfuerzo y aprovechar el aviso, despiertos, vigilantes, con todos los sentidos alerta para que no se nos escape el ángel visitante. Humildad, poetas. Trabajo lento en nuestra sombra. Serenidad en nuestra inquietud. Amor apasionado a la soledad y a la poesía. Y otra vez humildad. Y que en premio de ello, alguna vez —para unos llegó ya; otros aún la esperamos en paciencia— baje sobre nuestra cabeza le lengua del divino Espíritu.

Perdón. Decía que Martí no buscó la forma de sus versos sencillos, sino que la encontró un día en que, enfermo de alma más que de cuerpo, tuvo que huir de la ciudad y acercarse a la pura naturaleza. ¡Qué bien! Así le salieron esos poemas brillantes, claros como gotas de rocío, infinitos en su brevedad, hondos en su apariencia cristalina. Ahora no es el mar bullente y trágico lo que le atrae, sino el “arroyo de la sierra”; ahora es el “bosque eterno cuando rompe en él el Sol”; ahora prefiere “estar en la sierra cuando vuela una paloma”. Ya su verso, que fué monte, se asemeja más al abanico de plumas. Le queda —siempre le quedará— el “vigor del acero con que se funde la espada”, y con ese vigor apostrofa a la tiranía, y nos cuenta el extraño suceso del hijo que pasó “de soldado del invasor” por la tumba del cortijo “donde está el padre enterrado”, y nos señala en su recuerdo, como una pesadilla, la hilera de “los esclavos desnudos” cuando “una madre con su cría pasaba dando alaridos” y le dice, en fin, al hijo que prefiere verlo muerto a verlo vil. Pero al lado de todo eso que tiene que decir constantemente, porque es su alma noble de hombre libre la que se lo impone, están esos exquisitos momentos de poesía nueva, de acento único, que hicieron a Rubén Darío adivinar en él “el espíritu de un alto y maravilloso poeta”. Díganlo, si no, los versos del poema XVI:

*“En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.*

*Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el té",*

que se me antojan a mí hermanos mayores de los que luego iba a escribir el propio Rubén: "En invernales horas mirad a Carolina..." Como lo son los de "la Perla de la Mora", que ya en "La Edad de Oro" estaban, mejor logrados, por cierto.

Y si queremos que en esos versos sencillos nos llegue el tono melancólico, no tendremos más que ir al final del poema IV:

*"Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado;
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado"*

y, ¿por qué no? a "La Niña de Guatemala", con su ir y venir de estrofas que forman a lo largo de todo el poemita como las líneas de un doble recuerdo doloroso.

Nadie sabrá, al leer muchos de estos versos, a qué momentos de la vida de Martí corresponden los recuerdos que nos salen al paso como cervatillos asustados, que huyen al sentir el ligero ruido que va levantando el pie paseador. Pero tengo por muy cierto que todos ellos se escribieron a la pura luz del instante vivido por el poeta. No importa su fecha, próxima o remota. Lo importante es acumular recuerdos y horas intensas. Eso es nuestro tesoro. Quien no tenga de la tierra suya los tendrá de su cielo. Quien no de amor de mujer o de caricia de árbol, los tendrá de ala de sueño y viaje a nube y estrella. Pero toda poesía está hecha de un recuerdo y un sentimiento. En Martí, que según sus palabras amó la sencillez y creyó en la necesidad de poner el sentimiento en formas "llanas y sinceras", el recuerdo es de "ala y raíz". Lo que vivió enraizado en las tierras de su existencia nómada de desterrado y lo que vió con los ojos de su espíritu.

Que este hombre extraordinario "veía" cosas también extraordinarias, lo tenemos sabido por sus versos:

*“Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza”.*

Veía nacer alas en los hombros de las mujeres hermosas; al alma, la vió dos veces: “cuando murió el pobre viejo —y cuando ella me dijo adiós”; vió a su paje el esqueleto, que se acurrucaba a verlo trabajar y sollozar; y vió en extraordinario sueño los claustros de mármol, en donde los héroes, en pie, reposan; y habló con ellos, y les besó la mano. Con sus palabras lo pregunto: “¿Será revelación y poder?” ¿De qué estaba hecha el alma de este hombre, que de tal suerte se entraba, luminosa, por las oscuras galerías del misterio? ¿Qué oculto puente se le tendía entre el aquí y el allá? Y ¿por cuál camino iba y venía de su angustia de tierra irredenta a su cielo limpio y sereno? Y la respuesta nos llega, clara en el oro poniente de esta tarde de primavera próxima, que durante tantos años él supo mirar atribulado o contento: la revelación y el poder, la esencia de su alma, el puente y el camino fueron todo uno y lo mismo: la Poesía.